

CHARLES TOMLINSON
DOS POEMAS MEXICANOS

TRADUCCIÓN DE ULALUME GONZÁLEZ DE LEÓN

LA PLAZA

Este cuento es la gente
y lo que hace en este sitio:
estarse en una banca
o cruzarlo. Saca el sol
de la tarde avispones:
a nadie hostigan, también ellos
huelgan al borde mojado de la fuente
y se impregnan de paz y de agua—
hasta que llega un niño,
se quita un zapato
y metódicamente
emprende su exterminio. Tiene el rostro
y la feroz concentración
de uno de esos dioses zapotecas
que hay que nutrir con sangre. A rastras,
calzado a medias, lo aparta su madre
de allí, y le pone otra vez el zapato
sobre el calcetín polvoriento.
Pasan pies, descalzos algunos,
algunos con sandalias, como los de esos indios
que cruzan, cuatro juntos, cargando una cama
—¿piensan dormir aquí?—: su paso
es más rápido y vivo que el de esas hormigas
que a nuestras plantas remueven —algunas
con sus antenas; otras,
a cuesta su carga—
una polilla muerta,
grande como un pájaro.
Y mientras se espesa la sombra,
en el quiosco-mirador de la música
la banda empieza a congregarse.
Sería tropical el aire si no fuese
por el soplo de la sierra:
lo enriquece aquí el aroma

de la jacaranda y la trementina
 de los limpiabotas niños
 a ras del suelo atareados—
 contra el cuero sus trapos rechinan
 como el reclamo insistente de un pájaro iracundo.
 El director se yergue; hace
 restallar su batuta contra la partitura
 —polillas, en círculos, ciernen la luz del kiosko—
 y se sienta después de cada pieza.
 Cae la luz sobre los panqueques
 de las chatas gorras militares
 que oscilan, se inclinan,
 cuando debajo de ellas los músicos
 uno con otro conversan —luego,
 más golpes de batuta. Ha de ser
 la presencia de tantas flores la que enriquece los cobres:
 los tangos toman un aire trágico,
 pero el opaco perfume
 hace, en tiempo de vals, que las modulaciones
 parezcan una invitación —no sólo al vals
 sino al pensamiento: tal vez sea posible
 (al menos momentáneamente)
 decidirse a morir como Carmen
 y luego a brotar como una flor.
 Pasa un hombre cargando un pescado
 de la mitad de su estatura
 envuelto en plástico, pero nadie
 lo mira. Ni escucha nadie
 al niño en andrajos que vende
 flores artificiales pregonando en inglés,
 dulce y enfático: “Flowerrrs!”
 Tacones altos, pies descalzos,
 en torno a la cúpula de estaño del kiosko,
 al ritmo de la banda desfilan: ésta
 es la democracia de la tierra templada—
 una contradicción
 en un pueblo heredero
 de tanto pundonor; y sin embargo
 en todo ese ir y venir
 no hay frontera precisa: los dependientes
 de las tiendas, los hijos del gobernador,
 el vendedor de globos en forma
 de pulpos, las cabezas con paliacates
 sobre lactantes envueltos en rebozos
 comparten el espacio
 con un trío de sordomudos
 que conversan haciéndose señas,
 todos ellos arrastrados por el movimiento

de este pulso rítmico
 que no pueden oír. Los músicos
 guardan sus instrumentos para irse:
 los paseantes no han dicho lo que tenían que decir
 y siguen adelante
 bajo los árboles centenarios.
 La luna ha logrado liberarse
 del encierro de ramas que cubre la plaza,
 y se planta desnudamente a medio cielo: una purista.
 Las hormigas, sin duda, devoraron ya a su presa.
 Y el pescado... tres hurraños oaxaqueños
 lo cortan y lo cuecen: habrá de cenarlo
 un grupo de suizos de habla francesa
 en el Hotel Calesa Real.
 Los avispones que no se regresaron
 son, en el borde de la fuente,
 manchas que el agua poco a poco borra;
 alargan en la noche
 sus abluciones suspiradas
 en la quietud que no turba ya nadie
 hacia corolas y estrellas profusas.

EN HUEXOTLA

Alta en su terraplén, El Paupérrimo—
 la iglesia más pobre
 de México y la más
 diminuta.

Pero no la visión
 del sitio: su sonido
 nos impulsó a apretar el paso
 y salvar la distancia

entre nosotros y ella:
 qué maraña, qué escalas, qué oleaje,
 brotaba de ambas torres,
 aunque no de campanas.

¿Quién compondría, allí, un cuarteto
 para flautas? —y sin embargo
 no era otra la música
 que para asaltarnos brotaba.

Un exiguo interior:
 sol sobre el oro:
 timbres de flauta sobre flauta
 seguían desplegándose.

Flanqueando el altar,
 colgaban jaulas con pájaros,
 y la alquimia de la luz transmutaba
 oro en canción—

porque la luz, con su brillo,
 había destado a aquellas jaulas
 en sonoro concierto, y sólo
 podía apagarlas la noche.